

Guerra y totalitarismo en un seminario de El Colegio de México (1943). Aproximaciones al pensamiento de José Medina Echavarría

War and Totalitarianism in a seminar of El Colegio de México (1943).
Approaches to the thought of José Medina Echavarría

Juan Jesús MORALES MARTÍN

Universidad Católica Silva Henríquez (Santiago de Chile)

juanjemorales@hotmail.com

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2017.13>

Recibido: 25/01/2017
Aprobado: 15/02/2017

Resumen: El objetivo principal de este artículo es examinar el “Seminario colectivo sobre la guerra” que se celebró en El Colegio de México en 1943 y en el que distintos intelectuales mexicanos, latinoamericanos y del exilio republicano español reflexionaron sobre la II Guerra Mundial. Además, se dan a conocer las reflexiones más personales de José Medina Echavarría –promotor de aquel evento– respecto a la guerra, el totalitarismo o la democracia.

Palabras Clave: guerra, totalitarismo, José Medina Echavarría, intelectuales del exilio republicano español, México, pensamiento hispanoamericano.

Abstract: The main objective of this article is to examine the “Collective War Seminar” held at El Colegio de Mexico in 1943 and in which various Mexican, Latin American and Spanish Republican exile intellectuals pondered the Second World War. But also the interest is in giving to know the more personal reflections of José Medina Echavarría – promoter of that event– on the war, totalitarianism or democracy.

Keywords: war, totalitarianism, José Medina Echavarría, intellectuals of the Spanish Republican exile, Mexico, Hispanic thinking.

1. Introducción. A modo de presentación del Centro de Estudios Sociales

Los sucesos históricos caracterizan en muchas ocasiones, irremediadamente y de forma tremenda, las suertes individuales y colectivas. El destino biográfico de numerosos intelectuales y pensadores republicanos españoles quedó marcado, sin duda alguna, por la traumática experiencia de la guerra civil y el posterior destierro. Así sucedió, en particular, con José Medina Echavarría, sociólogo del exilio español y promotor del “Seminario colectivo sobre la guerra” que se celebró en El Colegio de México en 1943 y del que nos ocuparemos en las siguientes páginas. Pero este trabajo también tiene como objetivo dar a conocer las reflexiones más personales de este autor respecto a la guerra, el totalitarismo, la democracia, el nuevo orden internacional o la necesidad de reconstrucción ética y moral de un tiempo atravesado por la II Guerra Mundial.

De esta forma, y antes de entrar en detalle sobre los términos y las derivaciones de ese evento académico centrado en la guerra, es pertinente presentar brevemente a Medina Echavarría, para así entender mejor sus motivaciones biográficas e intelectuales a la hora de pensar esos temas neurálgicos. Su trayectoria, para empezar, estuvo localizada en una historia muy concreta: la del siglo XX español.¹ Él fue, de hecho, un intelectual comprometido con los valores y con el proyecto cultural, social y político de la II República, en la que llegó a ser Letrado de sus Cortes y representante de la Embajada en Varsovia durante la guerra civil. Obligado a tomar el camino del exilio, llegó a México en mayo de 1939, incorporándose a La Casa de España, luego El Colegio de México. Este autor pudo impartir clases tempranamente como profesor de sociología en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), como también, amparado por Daniel Cosío Villegas, pudo sumarse a las actividades editoriales del Fondo de Cultura Económica. De hecho, el mexicano le dio la suficiente confianza como para encargarle, nada más llegar, la

¹ Es pertinente señalar los diversos trabajos que actualmente se están ocupando de reflexionar y profundizar en la trayectoria biográfica e intelectual de José Medina Echavarría. En concreto, quiero destacar los de Morcillo Laiz, Álvaro, “El forastero que se queda: José Medina Echavarría y la sociología latinoamericana”, en *José Medina Echavarría. Correspondencia*, Selección, prólogo y notas de Adolfo Castañón y Álvaro Morcillo Laiz, México, El Colegio de México, 2010, pp. 343-372; “Historia de un fracaso: intermediarios, organizaciones y la institucionalización de Weber en México (1937-1957)”, *Sociológica*, nº 67, pp. 149-192; y de Moya, Laura Angélica, *José Medina Echavarría y la sociología como ciencia social (1939-1980)*, México, El Colegio de México, 2013. Para una visión panorámica de la biografía intelectual de este autor y las variaciones de su pensamiento sociológico y político, remito a mi tesis doctoral: *José Medina Echavarría: vida y sociología*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2012.

responsabilidad de la Sección de Sociología de esta casa editora. De igual forma, le avaló y apoyó en 1943, junto con Alfonso Reyes, para que asumiera el cargo de director del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México.

Este centro echó a andar el lunes 5 de abril de 1943 bajo la dirección, por tanto, de Medina Echavarría y la supervisión de Cosío Villegas, para satisfacer dos propósitos principales: proporcionar en México una enseñanza integral de las ciencias sociales y formar investigadores, con bases teóricas y prácticas en los métodos de investigación aptos para estudiar a fondo los problemas sociales de aquel país. Tanto Medina como Cosío tenían intereses comunes en economía, política y sociología. Recordemos que Cosío, economista de formación aunque con inspiraciones sociológicas, había publicado en 1925 una obra titulada *Sociología mexicana*. Medina había sacado a la luz recientemente, en 1941, su *Sociología: teoría y técnica*, una obra clásica en la historia de las ciencias sociales latinoamericanas y donde converge una perspectiva ecléctica e integradora entre la sociología de la cultura alemana y la sociología comprensiva de Max Weber, con el positivismo francés de Augusto Comte y los métodos y las técnicas de investigación social de origen anglosajón.² Precisamente ese enfoque multidisciplinar y empírico, que pretendía frenar la agonizante fragmentación de las ciencias sociales, es el que recogió el programa de presentación del Centro de Estudios Sociales:

Con la creación del Centro de Estudios Sociales, El Colegio de México se propone emprender un ensayo educativo de importancia científica y nacional. Dos ideas principales lo han inspirado: la creciente necesidad de ofrecer el aprendizaje de la ciencia social en forma no fraccionada, sino en un conjunto que abarque las complejidades de la sociedad contemporánea y la integración de su funcionamiento; y la necesidad no menor de ofrecer a los investigadores de mañana un plan de preparación que les evite los actuales escollos de la improvisación y el diletantismo.³

Tanto Cosío como Medina fueron entonces conscientes de que la enseñanza y la investigación de las ciencias sociales necesitaban, además, insertarse en los planes de estudios. El primer ámbito sobre el que debían de actuar era por tanto el educativo. Por tal motivo, el Centro ofertó un “Diplomado en Ciencias Sociales” inspirado en el enfoque integrador que ambos compartían. Pero si bien había estas afinidades entre ambos, hay que reconocer que igualmente tuvieron diferencias en cuanto al matiz que debían tomar los estudios: Cosío estaba más interesado en una utilidad pública y política a la hora de ofrecer capital social a las élites dirigentes, pues siendo secretario de El Colegio de México debía cuidar que las relaciones entre esta institución pública y el gobierno fueran cordiales.⁴ Medina, por su parte, quería enfocar los estudios hacia la formación académica, integral y humanística del alumnado.

² Medina Echavarría, J., *Sociología: teoría y técnica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (edición original de 1941).

³ Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Centro de Estudios Sociales, caja 2, expediente CES 1943, foja 2.

⁴ Cosío, en una carta enviada al médico y político mexicano Gustavo Baz, explica su visión del Centro: “con el ánimo de preparar en el campo de la teoría y de la investigación de las Ciencias Sociales a personas que puedan el día de mañana desempeñar tareas prácticas que habrá de encomendarles en la inmensa mayoría de los casos al propio Gobierno Mexicano” (González Navarro, M., “El Centro de Estudios Sociales”, en Lida, C.E., y Matesanz, J.A., *El Colegio de México: una hazaña cultural*, México, El Colegio de México, 1993, p. 206).

Finalmente, el plan de estudios del Diplomado quedó definido por un ideario integrador de las ciencias sociales para el que se contó con un notable cuerpo académico, compuesto por profesores mexicanos, latinoamericanos y varios españoles provenientes del exilio.⁵ Allí impartieron magisterio, entre otros, José Gaos, Eugenio Ímaz, Vicente Herrero o Juan Roura Parella.⁶ Además, Medina también se dedicó a impartir diferentes cursos y seminarios en el Diplomado, tales como “Introducción a las ciencias sociales”, “Sociología analítica”, “Max Weber. Introducción metodológica”, “La sociología de la religión de Max Weber” o “Sociología: teoría del cambio social”.⁷

Pero la labor de Medina en el Centro de Estudios Sociales no quedó restringida exclusivamente a estas tareas docentes y organizativas ligadas al Diplomado, ya que también tuvo que encargarse del diseño y la supervisión de dos seminarios públicos, con el fin de entablar un diálogo con la sociedad mexicana y en relación a los problemas más actuales: uno dedicado a la guerra en 1943 –que es el que nos ocupa–, y otro en 1944 dedicado América Latina. En ambos seminarios se aprecia también, por supuesto, la mano de Daniel Cosío Villegas y de Alfonso Reyes, para reclutar el apoyo de personalidades muy solventes de la vida académica y de la administración pública mexicanas

2. El “Seminario colectivo sobre la guerra”

El “Seminario colectivo sobre la guerra” se celebró en el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México entre el 3 de agosto y el 21 de diciembre de 1943. La II Guerra Mundial seguía su curso y seguía dominando la actualidad y el debate público mexicano e internacional. El impacto de este hecho en la realidad social y política lo convertían en un objeto de estudio, pues la guerra describió aquella época y terminó por marcar el destino posterior de la modernidad occidental en sus múltiples variables culturales, demográficas, económicas, políticas y sociales. Además, la guerra fue una característica descriptora de la vida de los exiliados españoles reunidos en La Casa de España. Por tal motivo, este tema no fue una elección baldía para la celebración de este primer seminario, en cuanto a la particularidad de aquel tiempo.

⁵ La lista de alumnos de la primera y única promoción del “Diplomado de Ciencias Sociales” del Centro de Estudios Sociales estuvo compuesta por J. Jesús Domínguez, Dolores González Díaz Lombardo, Donaciano González Gómez, Moisés González Navarro, Héctor Hernández, Lucila Leal Carrillo, Estela Leal Carrillo, Baudelio López Sardaneta, Carlos Medina Martínez, José Montes de Oca, Ricardo Moreno Delgado, Carlos Muñoz Linares, Juan Francisco Noyola Vázquez, Rodolfo Sandoval, Catalina Sierra de Peimbert, Rafael Urrutia Millán y Enrique Vilar Munch.

⁶ El Centro de Estudios Sociales contó con un excelente ramillete de profesores, como hace notar Moisés González Navarro, alumno de la primera y única promoción del Centro: Manuel Bravo Jiménez (estadística), Mario de la Cueva (ciencia política), Miguel Gleason Álvarez (estadística), Vicente Herrero (ciencia política), Eugenio Ímaz (filosofía), Gilberto Loyo (problemas sociales), Manuel Martínez Báez (problemas sociales), Javier Márquez y José Miranda (historia), Manuel Mesa (problemas sociales), Alfred Métraux (antropología), Manuel Pedroso (ciencia política), Juan Roura Parella (psicología), Víctor L. Urquidí (economía), Agustín Yáñez (literatura iberoamericana), José Gaos (filosofía), Leopoldo Zea (filosofía), Daniel Cosío Villegas (problemas sociales), Josué Sáenz (economía), Antonio Martínez Báez (ciencia política), José Miranda (historia) y Arturo Arnáiz y Freg (historia) (Véase: González Navarro, M., “El Centro de Estudios Sociales”, op. cit., pp. 203-228).

⁷ Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, sección documental Correspondencia Institucional y Documentos de Trabajo, caja 15, expediente 9, foja 47.

Aparte de todo ello, la motivación de este seminario residía en vincular la reflexión académica con el mundo de la política. Precisamente Medina Echavarría, autor del folleto de presentación del seminario, escribía en esas páginas: “El valor de las reuniones de ese tipo en una democracia —y sólo en ella son posibles— consiste, pues, en crear núcleos de orientación que al ampliarse y fundirse unos con otros acaban por abarcar el conjunto de todos los ciudadanos libres”.⁸ En efecto, se pretendía que los hombres de ciencia reflexionaran abiertamente sobre el gran tema de la época desde enfoques variados y, dentro de lo posible, interceder en el debate y en la opinión pública. Además, se quería también que la clase política mexicana tuviera acceso a unas ideas y valoraciones con tal de motivar discusiones y, sobre todo, acciones y decisiones ligadas al papel de México como aliado en el contexto de la guerra.

La dinámica del seminario giró en torno a la introducción de un tema relacionado con la guerra por parte del conferenciante y una discusión posterior entre los asistentes. Medina Echavarría, en su condición de promotor y Director del Centro de Estudios Sociales, inauguró el ciclo de conferencias el martes 3 de agosto de 1943 con una “Presentación general de los problemas de la guerra”.⁹ Precisamente en ese folleto de presentación del seminario hallamos el sentido que tenía este autor sobre la II Guerra Mundial como “guerra total” o “guerra absoluta” de profundas consecuencias sociales: “Se sospecha que otro conflicto como el presente podría acabar por completo con lo que todavía consideramos una vida decente y civilizada, o retardar por muy largo tiempo nuestras formas sociales”.¹⁰ Más adelante nos centraremos en las reflexiones más personales e íntimas de Medina Echavarría sobre la guerra o el totalitarismo. Ahora, sin embargo, es conveniente señalar brevemente las otras conferencias del seminario para así tener una visión amplia del mismo.

Las claves de la guerra se buscaron desde diferentes perspectivas y disciplinas. Por ello la temática y el listado de ponentes de las siguientes sesiones fueron variados. Así, por ejemplo, la segunda sesión contó con la presencia del general mexicano Tomás Sánchez Hernández, quien trató “Los principios de la guerra desde los puntos de vista táctico y estratégico en relación con los progresos de la ciencia”. En la tercera sesión el antropólogo y geógrafo mexicano Jorge A. Vivó habló sobre “La geopolítica”. Gilberto Loyo, economista y político mexicano, se ocupó en la cuarta sesión sobre “La presión demográfica”, mientras que en la quinta sesión fue el filósofo mexicano Antonio Caso quien disertó sobre “Las causas humanas de la guerra”.

Precisamente en esa quinta jornada José Gaos y José Medina Echavarría mantuvieron una acalorada discusión que continuaba el debate que ambos habían sostenido en el artículo “En busca de la ciencia del hombre. Una polémica”, publicado en *Cuadernos Americanos* en marzo de 1942. En ese texto, los dos autores debatieron —a raíz de la aparición de la obra *Sociología: teoría y técnica* de Medina— sobre los límites de la filosofía y sobre las competencias científicas de la sociología en el contexto de la II Guerra Mundial.¹¹ Recordemos brevemente que en esa obra Medina manifestaba, entre otras cosas, la valía de la sociología por encima de la filosofía, justificando este punto de vista por su

⁸ Ibid., Fondo Alfonso Reyes, sección documental Seminario sobre la guerra, caja 4, expediente 15, foja 7.

⁹ Ibid., Caja 8, expediente 37, foja 21.

¹⁰ Ibid., Caja 8, expediente 37, foja 16.

¹¹ Gaos, J.; Medina Echavarría, J., “En busca de la ciencia del hombre. Una polémica”, *Cuadernos Americanos*, Vol. II, N° 2, pp.103-113.

utilidad práctica como ciencia para la vida humana. Reproduzco a continuación las palabras expresadas por Medina en esa sesión del seminario de la guerra, que muestran esa emergente rivalidad entre la filosofía y la sociología a la hora de resolver los problemas contemporáneos:

En definitiva, creo que la crisis por la que está pasando la filosofía es que, alejada por los problemas por los que estamos luchando los hombres, no se para a examinar las condiciones reales del mundo que los hacen posibles y, no parándose, no penetrando en esta realidad tal como ésta es, los demás hombres no filósofos se sienten un poco aplastados ante las ideas que les ofrece la filosofía. Yo estaría conforme si se les pudiera demostrar que hay sistemas sociales que hacen posible el personalismo y que los hay que lo hacen posible.¹²

Como era de esperar, el diagnóstico de Medina no gustó a su amigo Gaos, quien situó a la sociología como una mera ciencia del espíritu¹³, y quien al final de este diálogo afirmó además que “las pobres ciencias sociales están en crisis, en bancarrota, han fracasado, no sirven para nada, necesitan urgentemente una reconstrucción”.¹⁴ En realidad, esta postura también era compartida por Medina, pues en varios de sus primeros trabajos mexicanos, como el artículo “Reconstrucción de la ciencia social”, publicado en 1941 por la *Revista Mexicana de Sociología*, se refirió al fracaso de las ciencias sociales y a la necesidad de su restauración por su carencia de carácter científico. Incluso esa necesidad de renovar a las ciencias sociales iba pareja para Medina al esfuerzo de “reconstrucción moral del hombre”.¹⁵ Él, en apretada síntesis, estimaba que las ciencias sociales debían ofrecer soluciones prácticas al hombre y a la sociedad, debían recuperar su sustento teórico y su capacidad de asumir una posición valorativa.

Más allá de esta anécdota y de estos apuntes, el seminario continuó en la sexta sesión con la presentación de otro exiliado republicano, Vicente Herrero, quien habló sobre “Los efectos sociales de la guerra”. En la séptima jornada, el expositor fue el economista mexicano Josué Saénz y la discusión giró alrededor de los “Los efectos económicos de la guerra”.¹⁶ Manuel F. Chavarría, también economista mexicano, continuó en la octava sesión con esa perspectiva económica en su disertación “La disponibilidad de materias primas”. Otro profesor del exilio español de 1939 como era Manuel Pedroso, se ocupó en la novena jornada sobre “La prevención de la guerra”. Para finalizar el seminario, se organizó el 21 diciembre de 1943 una mesa redonda con varios ponentes en la que se charló sobre la “Postguerra” y “La nueva constelación internacional”. En esa discusión participaron Daniel

¹² Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Alfonso Reyes, Caja 8, expediente 8, foja 24.

¹³ Recordemos aquí que José Medina Echavarría compartió amistad, intereses teatrales y literarios en sus años juveniles en Valencia con dos de los intelectuales más relevantes de la cultura hispanoamericana del siglo XX como fueron Max Aub y José Gaos, a quienes había conocido en el bachillerato y con quienes coincidió en la Universidad Literaria de Valencia. Véase Morales, J. J., “Cartas del exilio. Correspondencia Max Aub - José Medina Echavarría (1941-1965)”, *El Correo de Euclides*, N° 8, 2013, pp. 60-81. Esta polémica mexicana les separó intelectualmente, pero como nos cuenta Andrés Lira, Gaos y Medina Echavarría “se vieron siempre como amigos y se identificaron por las preocupaciones de su vida, al grado de hacer palpables sus diferencias”. Véase Lira, A., “Prólogo”, en J. Gaos y J. Medina Echavarría, *Responsabilidad de la Universidad*, México, El Colegio de México, Jornadas, n° 129, 1999, pp. 9-14. Medina Echavarría, no obstante, le dedicó a Gaos su *Discurso sobre política y planeación*, de 1972, con la siguiente frase: “En mi recuerdo de José Gaos y su fraternal ejemplaridad”.

¹⁴ Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Alfonso Reyes, Caja 8, expediente 8, foja 24.

¹⁵ Medina Echavarría, J., “Reconstrucción de la ciencia social”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. III, N° 4, 1941, pp. 35-56.

¹⁶ Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Alfonso Reyes, Caja 8, expediente 37, fojas 21-22.

Cosío Villegas, Emigdio Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, Gonzalo Robles, Manuel Sánchez Sarto, Antonio Carrillo Flores, José E. Iturriaga, Alfonso Reyes y José Medina Echavarría. De manera precisa y como cierre, Medina sintetizaba el espíritu general que había guiado las jornadas de esa actividad intelectual y pública:

nos hemos esforzado por ser lo más completos que nos era dable. Hemos examinado la guerra por múltiples lados; sus causas; sus variados efectos, que van desde la economía al arte; lo realizado hasta hoy para prevenirla y qué es lo que hacerse en el futuro. Intervinieron juristas, filósofos, hombres de letras, expertos en economía y filosofía, demógrafos y hasta esos seres que la gente bautiza con el extraño nombre de sociólogos.¹⁷

Gracias al apoyo y sostén de Cosío y de Reyes, Medina pudo convertir este “Seminario colectivo sobre la guerra” de El Colegio de México en un espacio de reflexión multidisciplinar, de debate público desde la ciencia y dotar de sentido y de comprensión en lo posible, desde esas diferentes perspectivas, a aquella realidad social surcada por la crisis.

Ese diagnóstico crítico, de hecho, fue “piso común” para estos intelectuales hispanoamericanos al tiempo que les ayudó a modelar su función como tales intelectuales públicos.¹⁸ Por supuesto, en las anteriores palabras de Medina, junto con esta aspiración pública, también resuena, una vez más, su reivindicación de la sociología. Pensemos aquí que, para él, definirse e identificarse como sociólogo suponía dotarse a sí mismo de equilibrio y de coherencia respecto a su pasado y respecto a la vivencia del exilio. Veamos pues a continuación su obra sociológica de esta etapa mexicana, dedicada a buscar conexiones entre la guerra, la cultura, el exilio, la política, el totalitarismo, la democracia, la ciencia o el papel de la inteligencia.

3. La guerra total y el prólogo de la guerra civil española. Aproximaciones al pensamiento de José Medina Echavarría

Como testigo de su tiempo, José Medina Echavarría abordó varias líneas de pensamiento relacionadas entre sí. Durante su estancia en México, entre 1939 y 1946, se ocupó mayormente de la dimensión epistemológica de la sociología, pero no descuidó su responsabilidad para reflexionar sobre los acontecimientos históricos. Esto se refleja en su constante preocupación por la crisis de la Modernidad y por el contexto de época, marcado por la II Guerra Mundial. No obstante, dada su condición de republicano y de exiliado, la guerra fue una característica descriptora de su vida y de su tiempo. Testimonio de esto es su tratamiento de esta cuestión por vez primera en la *Revista Mexicana de Sociología* con un artículo titulado “De tipologías bélicas y otros asuntos” (1941), en el que ofrecía un análisis de la significación histórica y cultural de la II Guerra Mundial. En esas páginas Medina veía la contienda mundial como la prolongación de una civilización en decadencia que la guerra civil española ya había puesto sobre el tapete de la historia: “Como en toda guerra civil, ha habido una ruptura de una comunidad cultural, la europea, que se ha escindido, temporalmente quizá, en dos partes irreductibles”, afirmaba entonces.¹⁹ Por ello, no dudó

¹⁷ Ibid., Caja 4, expediente 15, foja 8.

¹⁸ Funes, P., *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*, México, Turner, El Colegio de México, 2014, p. 104.

¹⁹ Medina Echavarría, J., “De tipología bélica y otros asuntos”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. III, N° 3, 1941, p.20.

en definir a la II Guerra Mundial como una “guerra total”, consecuencia de un vaciamiento de los valores humanistas de la cultura y de la civilización europeas. Este vacío convertía a esta guerra, desde su perspectiva, en deshumanizada. Y, sobre todo, advertía que el exterminio del otro se tornase en una peligrosa y temeraria alternativa:

Este enemigo abominable es, en una palabra, el enemigo total, que sólo merece exterminio o sometimiento sin condiciones. El carácter absoluto de este enemigo se extiende, en consecuencia, a las formas mismas de la lucha y su término. En este sentido, las guerras civiles suelen aproximarse al tipo puro de guerra absoluta y auténticamente totalitaria.²⁰

Las anteriores palabras son, sin duda alguna, producto de su escrutinio biográfico como espectador de la guerra civil española; y también son, por supuesto, fruto del discurso interno que él, como tantos otros exiliados, estaba elaborando a la hora de explicarse a sí mismo su vida. Tratando entonces de racionalizar su circunstancia, este autor asumió como algo casi obligatorio el “comprender” desde la sociología el fenómeno de la guerra.²¹ De esta manera, se formuló las siguientes preguntas, recogidas en su *Prólogo al estudio de la guerra* (1943), que corresponde a la versión publicada de su intervención en el “Seminario colectivo sobre la guerra”: “¿A qué tipo pertenece la guerra actual? Ella comenzó como lucha civil en la entraña española y mostró luego la faz totalitaria en su despiadada e inexorable marcha, ¿sigue siendo una guerra absoluta? ¿Ha podido dejar de serlo aun a pesar de las apariencias?”²² Medina compartía con muchos más intelectuales latinoamericanos y europeos esa sensación de estar presenciando una guerra distinta a las anteriores.²³

Por tal motivo, el testimonio de la “guerra total” está entrelazado con las características “exitosas” de la moderna sociedad industrial: el triunfo de la técnica y de la ciencia, de la racionalidad instrumental y de la capacidad inventiva del hombre. “Tenemos ahora las consecuencias de una de las revoluciones auténticas de la historia, la que inician sobre la tierra la ciencia y la técnica”, añadía este autor.²⁴ Sobre esa imagen de “guerra total”, sumaba también el sociólogo español la etiqueta de “guerra mecanizada contemporánea”, dado “el predominio del avión, del tanque y de las tropas motorizadas (lo que) constituye la nota característica y definitoria de este tipo de guerra”.²⁵ En este caso, hablar del tipo de “guerra total” como una “guerra mecanizada” implica la aplicación de las técnicas, de los métodos, de la maquinaria y de los fundamentos de la sociedad industrial. Guerra mecanizada equivale, en pocas palabras, a guerra industrializada:

²⁰ Ibid., p. 18.

²¹ Ibid., p. 15.

²² Medina Echavarría, J., *Prólogo al estudio de la guerra*, México, El Colegio de México, Jornadas, nº 1, 1943.

²³ Por ejemplo, Medina Echavarría estaba de acuerdo con el diagnóstico, conocido en México, del antropólogo británico Bronislaw Malinowski, quien por aquellas fechas escribió lo que sigue: “La Guerra Mundial, o lo que es lo mismo la guerra total, es a la luz de nuestro criterio antropológico tan distinta de las guerras históricas anteriores a 1914, como éstas a su vez lo fueron de las luchas entre salvajes. La influencia de la presente guerra sobre la cultura es tan compleja que crea el problema de si la organización integral para la violencia efectiva –que nosotros llamamos totalitarismo- es compatible con la sobrevivencia de la cultura”. Véase Malinowski, B., “Un análisis antropológico de la guerra”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. III, Nº 4, 1941, p. 143.

²⁴ Medina Echavarría, J., “De tipología bélica y otros asuntos”, op. cit., p.35.

²⁵ Medina Echavarría, J., *Prólogo al estudio de la guerra*, op. cit., p. 11.

Hasta el catorce –señalaba Medina–, las guerras gravitaban sobre las capas campesinas, que podían ofrecer una carne de cañón abundante y poco calificada; hoy las armas principales y con mayor porcentaje de mortandad para sus servidores exigen un material humano relativamente selecto y preparado que va desde el tipo del obrero calificado al del técnico y el intelectual.²⁶

La guerra mecanizada exigía un tipo de sociedad industrial, moderna y científica. El añadido vital de esa época que se abría oscuramente era el hombre científico y la participación social en esa creencia. Las diferencias entre las dos grandes guerras del siglo XX apelaban a distintos apoyos sociales, a diferentes estructuras sociales y también económicas. La mirada sociológica le permitía a Medina observar con sorpresa toda la capacidad de movilización social y de mano de obra industrial en una lealtad común como era la de producir maquinaria, artilugios, bombas, etc., para la actividad y la destrucción bélica, lo que a su vez conducía al avance científico. O como él mismo diría sobre el desarrollo industrial de la Alemania nazi: “la más refinada racionalidad humana al servicio de los impulsos irracionales”.²⁷ Sin el soporte de una sociedad desarrollada industrialmente era impensable asumir los costos económicos y sociales de una guerra total, absoluta y mecanizada. A partir de entonces, la nueva referencia cultural y social era por fuerza la sociedad industrial.²⁸

A Medina le resultaba difícil comprender cómo la inventiva humana se movilizaba en pasiones tan bajas como la guerra y la eliminación del otro. Por ello, no solamente se preguntaba sobre la naturaleza de esa contienda bélica, sino que también dudaba y se cuestionaba si en ese mundo en ruinas podrían sobrevivir la cultura y los valores europeos. Su hipótesis explicativa, en este punto, fue que la II Guerra Mundial era una guerra civil internacional. Esto significaba, como estamos viendo, un deseo de destrucción total hacia el enemigo. Sin ser un moralista, pero siendo consecuente como intelectual inconformista y con su propio pasado, asumió como algo casi obligatorio el “comprender” desde la sociología el fenómeno de esa guerra añadiendo entonces la siguiente visión:

Lo que nos importaba era su condicionamiento social, y en ese plano guerra totalitaria equivale a guerra civil. La hipótesis, pues, es que nos encontramos en presencia de una guerra civil internacional. O más precisamente de una contienda civil de la comunidad europea, que pudiera extenderse a la gran comunidad occidental.²⁹

²⁶ Ibid., p. 12.

²⁷ Ibid., p. 17.

²⁸ Debemos tener en cuenta que Medina también estaba pensando en los “requisitos sociales” de la nueva guerra. Es decir, ni México ni América Latina tenían el suficiente desarrollo como para participar de las exigencias materiales, industriales, económicas y de capital humano que exigía la guerra total y su paisaje de devastación. Porque la guerra total y absoluta no significaba únicamente lograr la rendición del enemigo, sino que también imponía la total y absoluta movilización de todas las capas sociales en un único objetivo de lealtad común: la eliminación del otro.

²⁹ Medina Echavarría, J., “De tipología bélica y otros asuntos”, op. cit., p.18.

Acaso la experiencia biográfica sigue aquí el hilo conductor de su contribución teórica. El acontecimiento vivido aparece así como forma de conocimiento y también como aliento sociológico. No resulta complicado, entonces, encontrar en estas reflexiones de Medina sobre la Guerra Mundial una “mirada española” sintiendo que la guerra civil había sido el prólogo de aquella guerra. Esa aproximación desde un pasado vivo y presente, lleno todavía de emociones y de sentimientos latentes, las volcó con una cierta dosis de amargura en su libro *Responsabilidad de la inteligencia*, también del año 1943. No me resisto a transcribir el siguiente pasaje que refleja sucintamente la sensibilidad de este autor:

Sabemos, sin necesidad que nos lo cuenten, que una guerra civil es, por una parte, la ruptura de una comunidad, escindida en partes abismáticamente separadas, que se traduce, por otra, en una lucha implacable y sin control. La comunidad se ha roto cuando ha dejado de existir una lealtad común; no hay nada, temporalmente al menos, que esté por encima de los combatientes, ni nada que los una; ha dejado de vivir el núcleo mínimo de creencias y valores compartidos.³⁰

En efecto, su vivencia de la guerra civil española la hizo extensible a su visión sobre el conflicto mundial iniciado en 1939. Medina Echavarría, al igual que tantos otros compañeros de generación y de exilio, tenía muy claro que la contienda bélica española había sido la antesala y el laboratorio de pruebas de las soluciones totalitarias puestas en juego después durante la II Guerra Mundial. Decía así en esos días: “Nuestra experiencia es la de una guerra civil no propiamente la de una guerra internacional, pero son los caracteres de aquélla donde está la clave para comprender la internacional que la continúa”.³¹ No extraña, por tanto, que él abordase el tema de la guerra desde el plano teórico y su contraplano biográfico, apareciendo indistintamente el del sociólogo que reflexiona sobre las raíces sociológicas de la guerra como el del hombre que después de varios años de exilio no se desprende del dolor. Sin embargo, como fino intelectual, el padecimiento no satura el relato sociológico. De este modo, esa ruptura de la comunidad mundial –entendida como sociedad– y su desvinculación moral pasaron necesariamente por su pátina sociológica:

Para los sociólogos la guerra es una forma especial del conflicto [...] El conflicto y la competencia son hechos socio-culturales y no meramente naturales o ecológicamente determinados como ha sostenido conocida escuela. La competencia supone una pugna de intereses enmarcados por ciertos valores comunes; el conflicto es, en cambio, una pugna de valores, un deseo de imponer los propios o de destruir los ajenos.³²

Ese pulso constante con la inmediatez del momento y las repercusiones de la Guerra Mundial en el terreno de los valores, no le impedía volver, una y otra vez, a la memoria cotidiana de la experiencia española. Como muestra de esta postura, aparece en Medina Echavarría su visión de España como una nación artífice en la creación de los valores universales que Occidente había transmitido a todo el mundo. Pero unos valores que con la guerra civil se vieron trágicamente fracasados, invalidados, defenestrados injustamente y que con la II Guerra Mundial se veían entonces situados en el mayor de los ostracismos. En

³⁰ Medina Echavarría, J., *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987 (edición original de 1943), p. 200.

³¹ Medina Echavarría, J., “De tipología bélica y otros asuntos”, op. cit., p.17.

³² Medina Echavarría, J., *Prólogo al estudio de la guerra*, op. cit., p. 24.

tono autobiográfico añadía: “Leía en estos días en nuestro Saavedra Fajardo una de las últimas y más bellas defensas del Estado moral. España, con todas sus faltas, quedará siempre reivindicada, porque fue el sostén obcecado y tardío de esa idea universal donde quebró su destino”.³³ En fin, Medina pensaba que todo lo vivido en su propia piel representaba el final de una comunidad espiritual y de unos valores compartidos que se escindían del cuerpo histórico de Occidente. El siguiente pasaje resume sucintamente su sentir:

Sí que sería trágico que se olvidara su significación histórica (la de la II Guerra Mundial). Viejos valores tradicionales de nuestra civilización habían perdido en la rutina, la transgresión y el cinismo su fuerza aglutinante y no eran ya compartidos con conciencia ni entusiasmo. En realidad, la comunidad de los hombres de occidente vivía un doloroso proceso de desintegración. Los nuevos valores que pretendieron desterrarlos no quedarán vencidos solamente por el triunfo militar si no vuelve con la vigencia efectiva, vigorizada y plena del universalismo humanista, la reintegración moral de una civilización a la deriva. Es la paz futura la que exige mantener despierta la conciencia de la naturaleza de este conflicto de que hemos sido testigos o protagonistas.³⁴

Medina Echavarría añadía además, a este análisis tan personal de la II Guerra Mundial, una explicación culturalista, diagnosticándola, como estamos viendo, como un fenómeno cultural y social sujeto a una competencia entre diferentes sistemas de valores. De esta manera, la paz sería el entendimiento entre estos sistemas de valores y, por tanto, lo que llevaría a asumir el punto de vista del otro. Sin embargo, él asistía con pavor a una resolución extremista del conflicto, dadas las ansias de dominación mundial de la Alemania nazi. Además, advertía el estremecedor fin que oculta toda guerra civil como guerra totalitaria y absoluta: el genocidio, el cual, según sus palabras, consiste en una “auténtica eliminación de la población orgánica”.³⁵ En consecuencia, percibía que todo su anhelo a favor de una paz futura –lejana en ese año de 1943– era arrancado por unos límites reales que bordeaban el pánico humano: la resolución del conflicto pasaba por la aniquilación del otro. Así se las gastaba esta guerra total como nueva guerra contemporánea.

4. Debilidad democrática y totalitarismo: el Estado de masas

José Medina Echavarría reflexionó de manera profusa sobre una realidad histórica que se imponía dramáticamente. Buscaba respuestas a preguntas casi imposibles. Aceptó el reto de pensar la raíz de la II Guerra Mundial. Para ello contaba, como vimos anteriormente, con el escrutinio biográfico y no dudaba, por tanto, en atribuir a la guerra civil española su principal antecedente. Pero en su examen apuntó a la posibilidad de unir la reflexión sociológica con la quiebra democrática de su tiempo. De esta forma, en su citado libro del año, *Responsabilidad de la inteligencia*, dejó planteado con lucidez esta motivación intelectual, ética y teórica. Decía así:

³³ Medina Echavarría, J., “De tipología bélica y otros asuntos”, op. cit., p.23.

³⁴ Medina Echavarría, J., *Prólogo al estudio de la guerra*, op. cit., p. 26.

³⁵ Medina Echavarría, J., “De tipología bélica y otros asuntos”, op. cit., pp.26-27.

La democracia es un problema moral porque implica fe en las potencialidades variadas de la naturaleza humana; porque afirma el valor y el respeto de la personalidad; y porque mantiene que una cultura humanista es la que debe prevalecer. Pero es también cuestión de sociología, de ciencia, porque impone el examen objetivo de los factores reales que la hacen posible, y no en abstracto, sino aquí y ahora. Y es, por último, un problema de acción en la medida en que mediante ella sea posible la introducción de modificaciones en esos factores de un momento concreto, de la trama de las cuales depende la vida de la libertad.³⁶

Si Medina sostuvo estas ideas es porque sabía perfectamente que la democracia es un producto difícil de alcanzar y frágil una vez obtenido. Así, señaló a la debilidad democrática de Europa y al pináculo del totalitarismo como una de las originales causas de la II Guerra Mundial: “el conflicto actual ha sido consecuencia de la debilidad democrática ante el ataque premeditado de los enemigos totalitarios”, sentenciaba.³⁷ Efectivamente, en su explicación, incluida en su libro de 1945 *Consideraciones sobre el tema de la paz*, denunció la fragilidad, la inconsistencia y la lasitud de las democracias europeas como responsables, en cierto modo, del desencadenamiento de la contienda bélica. Según sus palabras, “el desarme moral de las democracias fue así más decisivo para los comienzos catastróficos de la presente guerra que su relativa impreparación material”.³⁸ Sustentaba esta tesis en un principio sociológico clave como es el de legitimidad, añadiendo que “las grandes crisis en la convivencia de los pueblos coinciden con la ausencia de un auténtico poder legítimo o con los síntomas agónicos de su debilidad efectiva”.³⁹

Dicha debilidad trajo consigo que el fascismo y el fundamentalismo totalitario camparan a sus anchas en el universo democrático, aprovechándose, en consecuencia, de sus herramientas, instituciones y métodos, y convirtiendo a la ley en un instrumento para el beneficio de sus intereses particulares. Medina situaba “la ausencia de un poder legítimamente establecido” con el predominio, desde principios del siglo XX, de la “sociedad anómica”.⁴⁰ Aquí compartiría las posturas clásicas formuladas por Emile Durkheim sobre la desmembración social y política de las sociedades modernas y el crecimiento, por el contrario, de formas de vida y de convivencia social cada vez más aisladas que fortalecían la desconfianza, la inseguridad y la violencia. Precisamente el autor español ligará este diagnóstico de la erosión de los soportes sociales de la democracia con el auge del Estado de masas. Siguiendo a diversos autores, como al José Ortega y Gasset de la *Rebelión de las masas*, o a Emil Lederer pero, sobre todo, muy influido por la idea de Max Weber de la “dominación carismática”, este intelectual republicano caracterizó al Estado de masas europeo como una dominación social de base irracional, llámese ésta carisma o gracia, pero que funcionó como solución aglutinadora en tiempos críticos.

Precisamente la ausencia de cohesión social fue el problema sociológico que encontró Medina Echavarría detrás de la desmembración cultural, social y política de Europa. La creciente diferenciación de las sociedades complejas erosionó una posible conciencia democrática compartida, a favor, en cambio, de toda una variedad de movimientos nacionalistas y étnicos que trataron de redefinir las identidades individuales y colectivas, y

³⁶ Medina Echavarría, J., *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*, op. cit., pp. 269-270.

³⁷ Medina Echavarría, J., “La panacea del federalismo”, *Cuadernos Americanos*, Vol. XIX, N° 4, 1945, p.34.

³⁸ Medina Echavarría, J., *Consideraciones sobre el tema de la paz*, México, Banco de México, 1945, p. 103.

³⁹ Ibid., p. 131.

⁴⁰ Ibid., p. 132.

que terminaron por reforzar particularismos más o menos excluyentes, convirtiéndolos en sus soluciones fascistas y totalitarias. Nuestro autor intuía que el ideal de “comunidad”, en el sentido de Ferdinand Tönnies, tampoco se correspondía con la emergencia social del Estado de masas, el cuál quedaba sustentado por la desconfianza en el otro y, sobre todo, caracterizado por ser un sistema centrado en la autoridad carismática. De esta forma, el tránsito social de la “comunidad” a la “sociedad” había ocasionado inconscientemente – como consecuencia no deseada– la reducción de elementos cohesivos y un enfriamiento de los lazos sociales. La relación de este proceso social conllevó la desactivación moral de la sociedad moderna y la pérdida de la resistencia civil ante esas escenas fanáticas o delirantes. El miedo a una paz débil tras la I Guerra Mundial hizo que quedase muy presente la amenaza de la violencia para una fecha más o menos reciente. La intimidación de una nueva guerra expresaba, como recoge el siguiente pasaje, una psicología de inseguridad de la que se podían aprovechar y beneficiar políticamente todas esas corrientes irracionalistas.

El estado de inseguridad, cualquiera que sea su raíz, es algo que el hombre no puede soportar permanentemente y que en nuestras sociedades complejas tiene consecuencias gravísimas. Hoy se sabe con completo acuerdo que ese estado es el soporte de todos los fenómenos de masa y de todos los abandonos de la libertad y la responsabilidad propias. Por tanto, no sólo favorece la aventura bélica, sino la aparición de los regímenes políticos y sociales que descargan al hombre del peso de una decisión que se le escapa, permitiéndole la huida de su libertad.⁴¹

Las anteriores palabras de Medina Echavarría remarcan su clara vena liberal, como muestran, al mismo tiempo, su irritación ante un Estado de masas que socava la sociedad civil y aniquila toda capacidad individual por su “predominante carácter emocional”.⁴² Pues en un sistema de autoridad dominante de este tipo, el poder emerge de la exaltación del pueblo hacia un líder, al que se le reconocen dotes extraordinarias. Consecuencia de esto es el ahogo del individuo, de su libertad y su personalidad, por la masa, de la misma manera que la sociedad –entendida como participación– acaba por desaparecer. De esta manera, el rasgo principal que él encuentra en ese fenómeno sociológico de “masa” es la volubilidad de la población y su maleabilidad, pues la base del Estado de masas –o Estado totalitario– se sustenta en un aparato propagandístico que satisface las necesidades ideológicas, simbólicas y cognitivas de una sociedad anómica, no cohesionada y falta de creencias sólidas.

Pero, junto al guía profético, el Estado de masas necesita una constante tarea de movilización de la población. Y eso únicamente se consigue a través de la propaganda y de los medios de comunicación puestos en marcha por toda maquinaria totalitaria. El juego de la guerra es aplicado entonces a la organización y al control de la sociedad mediante la invención de enemigos. El Estado de masas, de este modo, se encarga de construir simbólicamente un “nosotros” aglutinador y movilizador, enemigo del pluralismo democrático, y manifestación de una conciencia colectiva dirigida a la consecución de un fin, a priori, común. Esto hace que la movilización y la doctrina militar se hagan extensibles al resto de la población, convirtiendo la política totalitaria en una auténtica política militar. Para realizar este análisis, Medina no solamente recurrió a su experiencia española, sino

⁴¹ Medina Echavarría, J., *Prólogo al estudio de la guerra*, op. cit., p. 62.

⁴² Medina Echavarría, J., *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*, op. cit., p. 219.

también a su vivencia en Polonia como representante de la República española durante la guerra civil, en donde presencié también estos disparates propagandísticos:

Es típico de esa época confusa y alucinada, la propaganda en Polonia –de que fui testigo– en pro de un mayor poderío naval –¡con un solo puerto!– y de una expansión colonial. Esto en un país que, por razones tecnológicas y militares, no pudo resistir unas semanas al empuje enemigo, no obstante el heroísmo magnífico de un pueblo inocente de las anteriores majaderías.⁴³

Esas imágenes tan personales ofrecen, en el fondo, un esfuerzo intelectual por comprender un tiempo repleto de “majaderías” que, en su juicio, provocaron el colapso de la democracia como forma de vida, de organización política, de valores socialmente compartidos y de pensamiento mayoritario. Aquella salida de Europa hacia soluciones autoritarias, fascistas o totalitarias, él la denominó como “Estado democrático rezagado” o “democracia rezagada”.⁴⁴ Pero no todo estaba perdido, pues para Medina la mejora moral de la sociedad contemporánea empezaba por recuperar “valores comunes que sostengan una fuerte conciencia universal”, como la misma idea de democracia, la justicia o la libertad.⁴⁵ Por eso, frente a la guerra total y frente a la experiencia vivida del desenfreno totalitario, todavía albergaba una cierta esperanza en recuperar la razón. Su postura, a modo de horizonte utópico fue la siguiente:

Cierto, a la razón le debemos las condiciones de esta gran crisis. Pues han sido los triunfos logrados por ella en su tenaz enfrentarse con la naturaleza implacable los que han hecho al hombre demasiado poderoso en un aspecto parcial de su vida, el más externo y quebradizo. Pero sólo la razón, a su vez, puede restablecer el equilibrio entre los resortes íntimos, rezagados, y los mecanismos producidos por una inventiva unilateral.⁴⁶

Así es. La II Guerra Mundial, como “guerra total” y como “la crisis más grande sufrida en la historia humana”, era producto también de la razón, entendida, como pudimos ver, por los avances de la ciencia y de la técnica producidos por la moderna sociedad industrial.⁴⁷ Pero también en la razón estaba depositada la salvación de ese tiempo, correspondiéndole a los hombres de ciencia y a los intelectuales dotar de sentido a ese tiempo borroso: “Está bien que los hombres de ciencia se apresten al análisis de lo real, pero quizá la tarea más urgente, de ellos con todos los demás, esté en acabar con la tremenda confusión en que vivimos”, sentenciaba este autor.⁴⁸ Por eso en Medina Echavarría encontramos, al final, una ontología moral portadora de un optimismo en el hombre y en sus capacidades racionales, pesando en el intelectual la responsabilidad de aportar sus propios valores y sentido hacia la vida en la reconstrucción de un mundo arruinado por la barbarie.

⁴³ Medina Echavarría, J., *Prólogo al estudio de la guerra*, op. cit., p. 40.

⁴⁴ Medina Echavarría, J., “De tipología bélica y otros asuntos”, op. cit., pp.23 y 31.

⁴⁵ Medina Echavarría, J., *Prólogo al estudio de la guerra*, op. cit., p. 32.

⁴⁶ Medina Echavarría, J., *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*, op. cit., p. 75.

⁴⁷ Medina Echavarría, J., “Nota bibliográfica de *Historia de la cultura*. Alfred Weber. Versión española de Luis Recasens Siches. Fondo de Cultura Económica”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. III, N° 3, p. 148.

⁴⁸ Medina Echavarría, J., *Prólogo al estudio de la guerra*, op. cit., p. 78.

5. El “Seminario colectivo sobre América Latina” y las *Jornadas*. A modo de conclusión

La otra gran actividad del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México fue la organización del “Seminario colectivo sobre América Latina”, celebrado entre el 30 de marzo y el 15 de junio de 1944. Este seminario tuvo como propósito firme “la investigación continuada y sistemática de la realidad social americana” ante el previsible fin de la II Guerra Mundial.⁴⁹ Ante ese hipotético escenario surgía ahora la necesidad de seguir pensando y reflexionando en el futuro económico, social y político de esta región ante un nuevo orden mundial que ya empezaba a intuirse. En ese mundo sobresaturado de imágenes bélicas y de emergentes potencias militares y económicas, como Estados Unidos y la Unión Soviética, había que analizar qué lugar le correspondía a América Latina.

En el programa de presentación de este evento se vuelve a apreciar la pluma de José Medina Echavarría cuando se recuerda aquel momento histórico contemporáneo como “una coyuntura única” para la que se necesitaba “el comienzo de una acción firme y bien orientada”.⁵⁰ Nuevamente nos encontramos con las motivaciones autobiográficas de este autor y su deseo de racionalizar su circunstancia histórica. Como escribió en el folleto de ese seminario, se necesitaba un “examen de nuestro espíritu y cultura y de nuestra estructura económica, política y social en puntos clave y significativos”.⁵¹ Y ciertamente, esa exploración de las posibilidades futuras para América Latina debía ser acometida por los intelectuales y hombres de ciencia. Una vez más, diferentes pensadores mexicanos, latinoamericanos y del exilio republicano español se pusieron a pensar sobre temas neurálgicos para la región: el rol del Estado, el mapa mundial o las relaciones económicas internacionales. El seminario se desarrolló en doce fechas y contó con la participación, entre otros nombres, de Raúl Prebisch, Alfonso Reyes, José Gaos, Renato de Mendonça, Vicente Herrero o Alfonso Caso.⁵²

Para dar cabida editorial a estos seminarios, Medina Echavarría, junto con el apoyo de Cosío Villegas desde el Fondo de Cultura Económica, inició y dirigió la revista *Jornadas*, publicación del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, que se sigue publicando en la actualidad. Los diez primeros números de *Jornadas* estuvieron dedicados a las diez sesiones correspondientes del “Seminario de la guerra”, mientras que los diez números siguientes se dedicaron a las aportaciones recogidas en este “Seminario colectivo sobre América Latina”. A partir de la *Jornada* número 21, el criterio editorial cambió y la revista se orientó a fomentar el debate académico entre los científicos sociales y pensadores latinoamericanos. Así decía el catálogo de 1945 de esta revista:

⁴⁹ Archivo Histórico de El Colegio de México, Sección documental Centro de Estudios Sociales, caja 2, expediente 60, Seminario colectivo sobre América Latina, foja 3.

⁵⁰ Ibid.

⁵¹ Ibid., fojas 4-6.

⁵² Archivo Histórico de El Colegio de México, Sección documental Centro de Estudios Sociales, caja 2, expediente 60, Seminario colectivo sobre América Latina, foja 10.

Jornadas aspira a contar entre sus colaboradores, y cree ya tenerlos, a los hombres más representativos del pensamiento social en todo el continente americano; pretende además con esto fomentar un mejor conocimiento recíproco [...] Y pensando muy en particular en nuestra América, de que ésta ha de ponerse enérgicamente a pensar por sí misma en su propio destino y a aprovechar lo que es un triste momento para conquistar definitivamente, sin renunciar a ninguna herencia valiosa, su autonomía cultural.⁵³

Esta publicación, dirigida por Medina Echavarría entre 1943 y 1946, se convertiría con el paso del tiempo en una plataforma desde la que los exiliados españoles pudieron conocer y dialogar con los intelectuales mexicanos y latinoamericanos, sobre todo una vez imposibilitado el retorno a España, tras el curso y el desenlace de la II Guerra Mundial. Fue también, por supuesto, una revista representativa en América Latina de los fluidos canales de comunicación entre los pensadores y los germinales científicos sociales del período. En todo caso, estas *Jornadas*, como los dos seminarios organizados por el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, demuestran que desde la periferia hispanoamericana hubo importantes y serias reflexiones sobre aquella contienda bélica mundial, sobre el totalitarismo y sobre la incapacidad de las democracias occidentales de frenar toda la sandez y el exceso autoritario. Fueron iniciativas culturales más allá de la nostalgia española y que quisieron posibilitar un pensamiento propio hispanoamericano dentro de una tradición democrática y liberal, en un mundo que se encaminaba a marchas forzadas hacia un nuevo orden internacional. Pues, al fin y al cabo, representaron esfuerzos mancomunados entre los intelectuales del exilio republicano en México y sus pares mexicanos y latinoamericanos, quienes les avalaron y apoyaron a la hora de promover y realizar estas actividades públicas y de actualidad general. También las *Jornadas* o estos seminarios organizados por el Centro de Estudios Sociales estimularon estos diálogos y “espejos” ante un Occidente crítico, “decadente”, y una América Latina que “rejuvenecía y prometía”.⁵⁴

También hubo en aquel momento otros “espejos” originales, como la “mesa rodante” que inauguró *Cuadernos Americanos* en 1944 a la manera de “un nuevo procedimiento de confrontación de ideas sobre temas esenciales”.⁵⁵ En vez de reunir a intelectuales para deliberar o discutir en torno de una mesa, esta publicación hizo circular una pregunta de interés general entre diferentes pensadores escogidos para que cada uno añadiese lo que considerase oportuno a lo escrito por los precedentes. El primer tema escogido para esta mesa rodante fue la “lealtad del intelectual” en esos tiempos críticos, participando con sus comentarios y reflexiones escritas el mexicano Jesús Silva Herzog, el venezolano Mariano Picón-Salas y los exiliados españoles José Gaos, Juan Larrea y el propio Medina Echavarría. Recojo las siguientes palabras de este último como colofón a su postura sobre esa temática y en relación a un mundo enmarañado y cruzado por la guerra:

⁵³ Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, sección documental Correspondencia Institucional y Documentos de Trabajo, caja 15, expediente 11, foja 5; Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, sección documental Correspondencia Institucional y Documentos de Trabajo, caja 15, expediente 11, foja 17.

⁵⁴ Funes, P., *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*, op.cit., p. 100.

⁵⁵ *Cuadernos Americanos*, “Lealtad del intelectual”, N° 3, Vol. 3, 1944, p. 32.

No encuentro otro camino de salvación temporal que el de la humildad (Picón-Salas) y el ascetismo. Este no garantiza la solución del problema más amplio de una sociedad semianómica pero ofrece la posibilidad de que el intelectual recupere algo en ella de su perdido prestigio. No se trata sino de que llene a satisfacción y plenamente su propio e intransferible *status*. Por eso si queremos acabar con la falta de respeto que es el empleo instrumental de nuestros modestos nombres, no queda más que salir a la calle dispuestos a demostrar intelectualmente que no somos intelectuales o como en la malévolas anécdota, aprender el ademán de la mano presta al bolsillo para acabar con la ironía de una costumbre funesta: ‘Si me firmas, te firmo’⁵⁶.

Ante esa confusión general y ante unos intelectuales desacreditados, Medina Echavarría apelaba al desempeño ascético de su estricta función. Su postura era obvia: la lealtad del intelectual hacia sus valores y principios básicos. Así lo pudimos ver a lo largo de las anteriores páginas y desde sus aproximaciones más personales sobre la guerra, el totalitarismo o la crisis de la época. Por supuesto, y por encima de todo, la democracia y la dificultad de la misma fue un tema que le tocó de cerca y por varios lados: por su condición de exiliado del franquismo, por su inclinación profundamente liberal y por su talante inmune a cualquier desvío autoritario. De hecho, durante su exilio mexicano pudo encontrar la posibilidad de divulgar, pensar, reflexionar y defender una cultura hispánica representativa de unos valores que parecían diluirse. Su empeño, como demostraría a lo largo de su posterior trayectoria en América Latina, residió en analizar aquella realidad social intentando escapar de los diagnósticos y las soluciones procedentes de otros cuerpos culturales y aceptando, para tal aspiración, la angustia, la soledad y el dolor, incluso, del intelectual que piensa y escribe sobre temas políticos. Ésta fue, en fin, su propia y peculiar responsabilidad con el tiempo que vivió.

⁵⁶ Ibid., p. 44.

